



**VISITA DEL PAPA FRANCISCO
A LA COMUNIDAD DE SANT'EGIDIO
Roma, 15 de junio de 2014**

Intervención de Irma

Santo Padre, me llamo Irma y tengo 90 años.

Ante todo quiero darle las gracias por su afecto hacia los ancianos, por los muchos discursos que ha dedicado a defenderlos. No son discursos que se oyen habitualmente. Por desgracia la cultura del descarte es dominante. Pero la edad de la vejez no es la edad del descarte. Yo soy un ejemplo de ello. Cuando empecé a envejecer, sentía la tristeza del ocaso; los hijos eran mayores, los nietos ya habían crecido... los días eran largos y vacíos, con pocas cosas que hacer... Me sentía algo inútil. A veces miraba al pasado con nostalgia, añorando el tiempo de mi juventud. Entonces, hace ya más de 20 años, conocí la Comunidad de Sant'Egidio.

Empecé a ir a visitar a otros ancianos como yo, que vivían en una residencia. Nunca me había parado a pensar cuántos se ven obligados a terminar así sus días, lejos de sus casas, olvidados. Nunca olvidaré la frase de una anciana: "¿Qué mal he hecho? ¿Por qué estoy aquí?".

¿Muchos ancianos sufren porque nadie –a veces ni siquiera la Iglesia– les responde! Hasta los sacerdotes los desatienden. Hace años que rezo cada semana junto a ellos. Muchos ancianos se preguntan: "¿De qué sirve mi vida? ¿Soy solo un peso?".

La oración es nuestro servicio más importante. Nos permite llegar lejos incluso cuando ya no podemos caminar solos, nos permite sostener a quien está enfermo, a los pobres, a los prisioneros, a los condenados a muerte, a los que están en guerra. En la oración incluso el que es muy débil puede ayudar. Todos necesitan orar, aunque no lo sepan con claridad. Hoy soy una persona frágil, necesito que me acompañen y me ayuden. Ya no puedo ir adonde quiero, como antes. Pero no lo vivo como una condena. Siendo anciana he aprendido que la verdadera condena, a cualquier edad, es tener que caminar solo en la vida.

Hay jóvenes que vienen conmigo a ver a los ancianos de la residencia. Me acompañan y yo les acompaño: cuando no saben qué hacer, les doy algún consejo... de abuela, o mejor dicho... ¿de bisabuela! Conocer a los más pobres me ha ayudado mucho. Ha llenado mi vida. Y también ha reforzado mi fe, porque me ha ayudado a conocer mejor a Jesús. De hecho, acercarse a los pobres significa realmente tocar, como ha dicho usted, la carne de Cristo.

Ahora que soy anciana puedo afirmar que entiendo mejor que en el pasado el secreto de la vida: "Mayor felicidad hay en dar que en recibir" (Hch 20,35). Es una verdad profunda que nos explica por qué muchas veces estamos tristes: dar a los demás nos hace felices.